

## Las familias decentes de la clase media. Los años veinte en México

Elsa Muñiz\*

*Lo más sagrado que el hombre tiene es la familia... ¡Honores, gloria, la vida misma, al servicio del más excelso ideal: la familia!<sup>1</sup>*

Los Vázquez Prado, como todas las familias decentes, vinieron a menos desde la revolución maderista. Tenían en línea paterna a un constituyente del 57 y en línea materna a muchos ameritados militares, entre los que figuraban como estrellas de primera magnitud dos divisionarios: don Dionisio, que cosechó laureles peleando con valor y lealtad al servicio del Emperador Maximiliano, y don Ventura, que defendió siempre y con bravura la causa de la legalidad y el progreso, la integridad del territorio nacional y al ilustre liberal don Benito Juárez. La desgracia familiar les llegó con la Revolución. Fueron víctimas del despojo por parte de las hordas de alzados y su única alternativa los condujo a la ciudad de México, a engrosar las filas de la naciente clase media urbana de los veinte.

*¿Quiénes son los Vázquez Prado de Zacatecas? ¿En dónde está la fina mano enguantada que se alza para saludarnos cariñosamente a nuestro paso? ¿En dónde una sola cabeza se descubre respetuosa o se inclina humildemente a nuestra vista? Rostros glaciales, desdeñosos, apáticos, insolentes. Nada. ¡La odiosísima metrópoli! Sí, aquí no somos ya más que una pequeñísima gota de agua perdida en la inmensidad de los océanos...<sup>2</sup>*

<sup>1</sup> Mariano Azuela, *Tribulaciones de una familia decente*, segunda edición, Botas, México, 1938.

<sup>2</sup> *Ibidem.*, p. 35.

Para entonces, la clase media conformaba un sector de la sociedad caracterizado por su ambigüedad y ambivalencia, cuya actuación oscilaba entre el conservadurismo más exacerbado, custodio de los valores morales más tradicionales, y su apertura al cambio y, en muchos casos, a la transgresión.<sup>3</sup> Estaba conformada por aquellos venidos a menos que lo único que conservaron fue su origen y su alcurnia; o los venidos a más a quienes la Revolución colocó en lugar de privilegio, les permitió acceder a la educación o a algún puestecillo de burócrata en alguna secretaría de Estado: «las Amézquita no querían acordarse más de su tierra, un pueblecillo de Jalisco, muy cerca de Guadalajara, desde donde dieron un salto mortal del lavadero y de la mesa de planchar hasta los elegantes escritorios de acero de la Secretaría de Hacienda...».<sup>4</sup>

Los atribulados años veinte fueron, para muchas familias, un periodo de reajuste, de adecuación a las nuevas condiciones. Su vida cotidiana sufrió trastocamientos como el cambio de ciudad o de colonia; algunos de sus miembros tuvieron que ingresar al mercado laboral con las escasas herramientas con que su educación porfiriana los había habilitado; o tuvieron que aprender a codearse con la gente de la ciudad, adoptando maneras cosmopolitas.

El proceso de reconstrucción nacional involucró a todos los sujetos, definió las metas de la sociedad y planteó los «nuevos» paradigmas que regirían el quehacer tanto de las instituciones por crearse como de los individuos. La institucionalización se concretó en la experiencia personal a partir de la división del trabajo que requería el nuevo orden social. Así, la familia de clase media desempeñó un papel fundamental en el proceso de construcción de la nueva realidad; en ella se condensaron los valores impuestos por el afán modernizador del nuevo régimen y aquellos valores tradicionales que no abandonaron el imaginario social de la época.

<sup>3</sup> Delimitar un sector específico de la sociedad resulta cada vez más difícil, debido a que la conformación de los grupos se complejiza conforme avanza la sociedad moderna. En este caso, la definición de clase media es un concepto que puede tener todas las imprecisiones posibles, por lo cual he acudido a los planteamientos de Edward P. Thompson, quien considera a la clase social como «...un fenómeno histórico unificador de un cierto número de acontecimientos dispares y aparentemente desconectados, tanto por las respectivas condiciones materiales de existencia y experiencia como por su conciencia. Me interesa hacer hincapié en que se trata de un fenómeno histórico... no veo a la clase como una estructura y menos aún como una categoría, sino como algo que acontece de hecho (y puede demostrarse que, en efecto ha acontecido) en las relaciones sociales». Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977, p. 7.

<sup>4</sup> Mariano Azuela, «La nueva burguesía», en *Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 12.

En ese contexto, tanto la educación informal, impartida en la casa, como la formal, a cargo de la escuela, se concibieron como la panacea, como la forma de lograr la ansiada civilización. Podemos señalar que, para entonces, la búsqueda de la modernización es un denominador común en las propuestas educativas que coexistieron y se enfrentaron constantemente no sólo en los ámbitos académicos, sino en las discusiones respecto al papel que debería cumplir la familia: la educación católica, la educación activa, la educación socialista y otras propuestas. Sin embargo, la discordancia no fue la única sobreviviente de tales enfrentamientos: también el papel tradicional de la familia salió avante, puesto que, pese a las intenciones del poder recién establecido por desplazar a la escuela las actividades que hasta el momento le correspondían al hogar, la familia siguió manteniendo la hegemonía sobre la formación de los individuos en los valores, en las costumbres y en la conservación de las tradiciones. Me refiero particularmente a la familia de la clase media, donde arraigaron de manera clara los nuevos valores introducidos por la modernidad, pero que, al mismo tiempo, se convirtió en ejecutora de las continuidades heredadas del antiguo régimen.

Surgió entonces la necesidad de generar una amplia integración de significados dentro de una sociedad total, se precisaba armonizar la tradición y el cambio, lo nuevo con lo viejo, las biografías de los sujetos mismos con el desarrollo social y, por tanto, definir el puente entre las acciones de los sujetos y el poder estatal. El problema de la legitimación del nuevo orden social se presentaría al momento de transmitirlo a las nuevas generaciones de revolucionarios. Se hizo necesaria una explicación y una justificación de ese orden institucionalizado que permitiera que en el plano de la autoconciencia los individuos asumieran sus respectivos papeles como un destino inevitable.

El carácter cognoscitivo y normativo que tiene la legitimación en el orden institucionalizado se ha realizado en ciertas instancias que empíricamente se superponen, pero que analíticamente permiten diferenciar la importancia y la eficacia de cada una de ellas en cuanto al control y la reproducción de dicho orden social. En este sentido se entiende que el «control de las conciencias» haya sido uno de los objetivos centrales de las relaciones entre el Estado y la sociedad en el México de los años veinte. Era necesario crear una cultura nacional que sustentara el nuevo orden social; de ese modo, la educación impartida tanto en la escuela como en la familia se convirtió en la instancia legitimadora por excelencia, donde el nacionalismo como concepción hegemónica del mundo determinaría la constitución de la identidad de los sujetos.

La familia, entonces, se ha encargado de transmitir a los niños tanto la identidad genérica como la identidad nacional: «eres mujer» o «eres hombre», «eres mexicana» o «eres mexicano». La lengua materna ha brindado a los sujetos la primera y más sencilla explicación del orden institucionalizado: «así se hace», «así es», «esto es lo bueno», «esto es lo malo». Si bien las necesidades del proceso de reconstrucción se encaminaron a sustituir esta instancia de socialización por la escuela, lo cierto es que la importancia atribuida a la familia la ha convertido en el espacio simbólico de las disputas por la sociedad en su conjunto, disputas que diversos grupos han librado por imponer sus respectivas concepciones del mundo, particularmente en el periodo de mi interés; hablo de la Iglesia y el Estado. El proceso fue difícil y conflictivo, ya que la educación como sustrato de la nueva cultura, y en su trascendente papel como vínculo entre la sociedad y el proyecto estatal, también se convirtió en el escenario de las pugnas entre las distintas propuestas que contendían por la hegemonía sobre la sociedad.

Como es conocido, la década del veinte finalizó con un entendimiento entre la iglesia católica y el Estado, que alcanzaron, hasta cierto punto, una convivencia pacífica. Después de todo, sus metas en cuanto al control de las conciencias no eran tan opuestas: los valores del catolicismo empataban bien con el «nuevo» modelo de desarrollo. La escuela oficial, con todo y códigos de civilidad y moralidad, se constituyó en el espacio «formal» del Estado a través del cual se penetraría en el imaginario social y en la mentalidad de la época. La familia acabó siendo reconocida por el propio Estado como un ámbito de socialización idóneo, y por la Iglesia como su más importante coto de poder. Los valores civiles y morales se confundieron en códigos similares. Así, se lee en el «Código de moralidad de los niños que concurren a las escuelas primarias»: «Seré leal con mi familia. Obedeceré fielmente y con agrado a mis padres o a los que hagan sus veces, y les mostraré gratitud por todos sus beneficios. Ayudaré en todo lo que sea posible a los miembros de mi familia».<sup>5</sup>

En el mismo sentido, el *Manual* de Carreño señala:

*Nuestras familias, nuestros parientes, nuestros amigos, todas las personas que nos vieron nacer, que desde nuestra infancia conocen y aprecian nuestras cualidades, que nos aman y forman con nosotros una comunidad*

<sup>5</sup> «Código de moralidad de los niños que concurren a las escuelas primarias», en *Memoria que indica el estado que guarda la educación pública, México 1926*, C.1, folleto 1478, Archivo General de la Nación, México.

*de afectos, goces, penas y esperanzas, todo existe en nuestra patria, todo está en ella reunido; y es en ella que está vinculado nuestro porvenir y el de cuantos objetos nos son caros en la vida.*<sup>6</sup>

Se proyectó que la educación que se impartiera en las escuelas se alejaría ciertamente de explicaciones religiosas y dogmáticas; de ahí la importancia de la escuela racionalista, impulsada sobre todo en el sureste del país. Sin embargo, la educación dentro del hogar —en particular de la clase media— tenía sus códigos, sus esquemas explicativos que si bien mantenían un carácter rudimentario, eran sumamente pragmáticos y tenían que ver con las acciones concretas de los individuos. La familia como un valor en sí mismo y como centro difusor del respeto a la patria se fortaleció por medio de todos los discursos vigentes y disponibles del momento:

### *Ley de la Lealtad*

*Los buenos mexicanos son leales.*

*Si solamente soy leal a mi familia, bien puedo no serlo a mi escuela: si sólo me propongo ser leal a mi escuela, tal vez pueda faltar a la lealtad que debo a mi ciudad, a mi estado, a mi patria; si únicamente ofrezco lealtad a mi ciudad, a mi estado y a mi patria, bien puedo obrar deslealmente respecto de la humanidad. Procuraré, pues, ante todo, ser leal a la humanidad. De esta manera puedo estar seguro de ser fiel a mi patria, a mi estado y a mi ciudad, a mi escuela y a mi familia. Y esta lealtad a la humanidad me hará permanecer fiel a la civilización.*<sup>7</sup>

De esta manera, en la búsqueda de la unificación, el nacionalismo como concepción del mundo totalizante e integradora, transmitida no únicamente desde las instancias oficiales, sino desde la familia, unió tanto a la religión como al discurso oficial, ambas totalidades simbólicas que se conjuntaron en un marco de referencia general que ha hecho posible concebir el desarrollo de toda la experiencia individual y social del pueblo de México dentro de él.<sup>8</sup> Así lo podemos advertir en las recomendaciones del *Manual* de Carreño:

<sup>6</sup> Manuel Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, 47a. edición, Patria, México, 1992, p. 29.

<sup>7</sup> «Código de moralidad....».

<sup>8</sup> Se retoma aquí el concepto de universo simbólico elaborado por Berger y Lückmann. Los universos simbólicos son cuerpos de tradición teórica que integran zonas de significado diferentes y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica», *ibidem*, p. 125.

*No olvidéis jamás que os debéis a vuestra patria, la cual cifra en vosotros todas sus esperanzas, ni olvidéis tampoco la entidad de los deberes que esta sola consideración os impone. Los principios que os presentamos son los más sanos principios de religión y de moral, tomados de muy graves autores, y sobre todo, del rico y precioso tesoro del Evangelio. Ellos se convertirán para vosotros en una fuente inagotable de sólida y duradera felicidad si, no contentos con su simple lectura, los grabáis profundamente en vuestro corazón y los hacéis los constantes reguladores de vuestra conducta.<sup>9</sup>*

La importancia del universo simbólico está en su carácter ordenador y normativo para legitimar la biografía individual y el orden institucionalizado, así como la forma en que se vinculan. El nacionalismo como universo simbólico pone cada cosa en su lugar y brinda el más alto grado de integración de los significados discrepantes dentro de la vida cotidiana, haciendo converger, en ciertos aspectos, al discurso religioso y al oficial en el plano educativo, en los dos ámbitos dedicados a la reproducción del orden establecido: la escuela y la familia.

El ideal modernizador comenzó a filtrarse en amplias capas de la población. El modelo civilizatorio que se concretó en los años posrevolucionarios arraigó de manera más clara en los sectores urbanos de clase media. En este sentido, nuestra propuesta es que estos sectores medios urbanos, específicamente de la ciudad de México, eran el espacio idóneo para la reproducción de la ideología hegemónica emanada de los diversos discursos oficiales.<sup>10</sup>

Podemos reconocer entonces que los paradigmas introducidos por el régimen porfiriano en la mentalidad del momento —léase progreso, modernidad, urbanización y crecimiento, entre otros— no abandonaron el ideario del nuevo grupo en el poder; por el contrario, se afianzaron y promovieron vía la educación, entre otras.

## **Carreño, o de la educación familiar**

Para muchos, vivir en la ciudad significó el desarraigo, la nostalgia, la pérdida de una vida anterior de bonanza y tranquilidad. Para otros, la ciu-

<sup>9</sup> Manuel Carreño, *op.cit.*, p.11.

<sup>10</sup> Retomo de Foucault la hipótesis que señala: «... en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible metrialidad», Michel Foucault, Ediciones Populares, Archivo de Filosofía, número 4, México, 1982, p. 4.

dad,<sup>11</sup> en particular la capital del país, se convirtió en sinónimo de civilización y de renovado prestigio. La ciudad como espacio de modernización y ascenso de las clases sociales exigía a la clase media educación y buen comportamiento al estilo de la aristocracia decadente. «Los convencionalismos sociales, que nos enseñan a armonizar con las prácticas y a hacer que nuestra conducta sea siempre la más propia de las circunstancias que nos rodean, son muchas veces el fundamento de los deberes de la misma civilidad y de la etiqueta».<sup>12</sup>

Las máximas morales y las reglas de buen comportamiento que se habían transmitido generalmente de padres a hijos de manera oral, ya desde el siglo pasado, fueron recogidas y difundidas a la vez por los manuales de urbanidad y buenas maneras que circularon en algunas escuelas, los manuales sobre el matrimonio y los hijos, la vida sexual, y hasta modelos de cartas de amor, a través de los cuales se recomendaban las formas correctas del cortejo amoroso, y no se diga en los libros de texto y algunos documentos oficiales. En este espacio dedicaré algunos comentarios al manual de urbanidad que he citado. Considero que si bien los manuales tuvieron un momento importante a finales de siglo y durante el porfiriato, debemos considerar que hablamos de máximas morales que estaban muy presentes en los años veinte, puesto que las mujeres y hombres que he señalado como pertenecientes a la clase media, que vivieron su juventud y madurez en ese periodo, fueron educados con el rigor de las madres porfirianas. El manual tiene que ver con la importancia que para muchas familias venidas a menos tuvo el mantener su dignidad y buenas costumbres. Para aquéllos venidos a más, aprender estos modos de conducirse significaba escalar las cumbres de la buena posición y el decoro. Finalmente, el manual sintetiza muchas de las afirmaciones que he planteado antes: muestra una relación unívoca entre Dios, la Patria y el Padre, a quienes se debe el máximo respeto; resume también de manera clara algunas de las sobrevivencias del antiguo

<sup>11</sup> A pesar del crecimiento tan desordenado que caracterizó a la ciudad en la década del veinte, se distinguían claramente las zonas que se clasificaban de acuerdo con el nivel económico de sus habitantes, así, en la medida en que la ciudad se urbanizaba y crecía por la construcción de nuevas colonias, el lugar de residencia de sus habitantes se convertía en un importante elemento de clasificación social. En este sentido, también las colonias vinieron a más o a menos y podemos ubicar a las capas medias de este periodo en las colonias Santa María, Guerrero, San Rafael, Industrial y extensiones urbanas hacia Tacubaya, San Pedro de los Pinos, Mixcoac, Coyoacán y Tlalpan. Otras colonias denominadas de menor categoría albergaban a ciertos sectores de la clase media; tal sucedía en las colonias Hidalgo, de los Doctores, Álamos, Postal, Federal, Moctezuma, Buenos Aires o Peralvillo.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 53.

régimen, y propone los valores que deben regir el nuevo orden social; finalmente, tipifica actores y acciones, señala lo permitido y lo prohibido, lo malo y lo bueno, y esboza lo que es normal y lo que es anormal.

El *Manual* de Carreño condensa las pautas educativas de los hogares de clase media, muestra las claves de comportamiento que constituyen el saber de los hogares, de las mãdres, de las abuelas. El *Manual* concibe a las pautas de comportamiento contenidas en él como «leyes de la moral» sin las cuales

*[...] no puede haber entre los hombres ni paz, ni orden, ni felicidad; y en vano pretenderíamos encontrar en otra fuente los verdaderos principios constitutivos y conservadores de la sociedad que nos proponemos estudiar, y las reglas que nos enseñan a conducirnos en ella con la decencia y moderación que distinguen al hombre civilizado y culto.*<sup>13</sup>

En el *Manual* se privilegian dos grandes temas: los deberes morales del hombre, y la urbanidad y las buenas maneras. La estructura de la primera parte corresponde a los deberes morales y es semejante a la de los Diez Mandamientos: propone deberes para con Dios, para con los padres, para con la patria y, finalmente, para con «nosotros mismos».

Cuando se hace referencia a los deberes para con la sociedad advertimos cuál es el orden social preestablecido en el que los individuos deben desempeñar sus distintos papeles idealizados: la buena mujer, el buen hombre, la madre abnegada, el padre responsable y el hijo obediente. La familia entonces aparece como el núcleo a partir del cual se norman los papeles asignados, así como la sentencia en caso de no cumplirse con ellos:

*¡Ah!, los cuidados tutelares de un padre y una madre son de un orden tan elevado y tan sublime, son tan cordiales, tan desinteresados, tan constantes, que en nada se asemejan a los demás actos de amor y benevolencia que nos ofrece el corazón del hombre, y sólo podemos verlos como una emanación de aquellos con que la providencia cubre y protege a todos los mortales.*<sup>14</sup>

La madre comienza a sufrir desde que lleva a sus hijos en su seno:

<sup>13</sup> *Ibidem*, Introducción general.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 19.



*Cuando pensamos en el amor de una madre en vano buscamos las palabras con que pudiera pintarse dignamente efecto incomparable, de extensión infinita, de intensidad inexplicable, de inspiración divina; y tenemos que remontarnos en alas del más puro entusiasmo hasta encontrar a María al pie de la cruz, ofreciendo en medio de aquella sangrienta escena el cuadro más perfecto y más patético del amor materno. ¡Sí!, allí está representado este sentimiento como él es, allí está divinizado, allí está consagrado el primero de los títulos que hacen de la mujer un objeto tan digno y le dan tanto derecho a la consideración del hombre.<sup>15</sup>*

En tanto que el padre:

*[...] cuida de su esposa, vive preocupado de los peligros que la rodean, la acompaña en sus privaciones, la consuela en sus sufrimientos, y se entrega con ella a velar por el dulce fruto de su amor. Y en medio de la inquietud y las gratas ilusiones que presenta este cuadro de temor y esperanza, es más que nunca digno de notarse cuán ajenos son de un padre y una madre los fríos y odiosos cálculos del egoísmo.<sup>16</sup>*

Los hijos, por su parte, deben respetar a sus padres, agradecerles y amarlos por lo que ellos, por bonomía y desprendimiento, les dan. Según el *Manual*, nada mueve a los padres más que el provecho que puedan obtener a favor de sus hijos, así es que la respuesta de éstos debe ser de gratitud, pues la sentencia que en él se encuentra resulta más amenazante que cualquier sanción legal:

*¡Desgraciado de aquel que al llegar al desarrollo de su razón no la haya medido ya con la noble y segura escala de la gratitud! Porque la verdad, el que no ha podido comprender para entonces todo lo que debe a sus padres, tampoco habrá comprendido lo que debe a Dios; y para las almas ruines y desgraciadas no hay felicidad en esta vida ni en la otra.<sup>17</sup>*

Pero también está señalada la recompensa para aquel de quien se puede decir: ¡es un buen hijo!

<sup>15</sup> *Idem.*

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 24.

En los deberes para con la patria se refleja la visión integradora y coexistente de la religión y el nacionalismo, cuando señala:

*Nuestras familias, nuestros parientes, nuestros amigos, todas las personas que nos vieron nacer, que desde nuestra infancia conocen y aprecian nuestras cualidades, que nos aman y forman con nosotros una comunidad de afectos, goces, penas y esperanzas, todo existe en nuestra patria, todo está en ella reunido, y es en ella que está vinculado nuestro porvenir y el de cuantos objetos nos son caros en la vida.<sup>1</sup>*

Como a la patria todo se le debe, también se le tiene que mostrar gratitud a través de los actos cotidianos:

*[...] manifestaremos nuestro amor guardando fielmente sus leyes y obedeciendo a sus magistrados; prestándonos a servirle en los destinos públicos, donde necesita de nuestras luces y de nuestros desvelos para la administración de los negocios del Estado; contribuyendo con una parte de nuestros bienes al sostenimiento de los empleados que son necesarios para dirigir la sociedad con orden y con provecho de todos, de los ministros del culto, de los hospitales y demás establecimientos de beneficencia, donde se aíslan los desvalidos y desgraciados; y en general, contribuyendo a todos aquellos objetos que requieren de la cooperación de todos los ciudadanos.<sup>2</sup>*

En la búsqueda de la unificación del país y de la construcción de un nuevo orden social, resultan de gran valor los planteamientos relacionados con los deberes para con nuestros semejantes, en ellos encontramos una serie de valores de indiscutible vigencia:

*Busquemos pues en la caridad cristiana la fuente de todas las virtudes sociales: pensemos siempre que no es posible amar a Dios sin amar también al hombre, que es su criatura predilecta, y que la perfección de este amor esté en la beneficencia y en el perdón a nuestros enemigos; y veamos en la práctica de estos deberes, no sólo el cumplimiento de un*

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>19</sup> *Idem*.

*mandato divino sino el más poderoso medio de conservar el orden de las sociedades, encaminándolas a los altos fines de la creación, y de alcanzar la tranquilidad y la dicha que nos es dado gozar en este mundo.*<sup>3</sup>

Finalmente, en los deberes para con nosotros mismos, el *Manual* condena la ignorancia y señala que el conocimiento vía la instrucción, el amor por la vida y el control de las pasiones por medio de la tolerancia, formará hombres virtuosos y de buenas costumbres:

*El hombre instruido conocerá a Dios, se conocerá a sí mismo y conocerá a los demás hombres: el que cuide de su salud y de su existencia vivirá para Dios, para sí mismo y para sus semejantes; el que refrene sus pasiones comprenderá a Dios, labrará su propia tranquilidad y su propia dicha y contribuirá a la tranquilidad de los demás. He aquí, pues, compendiados en estos tres deberes, todas las virtudes, la gloria de Dios, y la felicidad de los hombres.*<sup>4</sup>

Entre los principios generales que se deben observar sobresale el respeto a las jerarquías. Las atenciones no pueden usarse con todos de manera indiferenciada:

*[...] la urbanidad estima en mucho las categorías establecidas por la naturaleza, la sociedad y el mismo Dios: así es que obliga a dar preferencia a unas personas sobre otras, según su edad, predicamento de que gozan, el rango que ocupan, la autoridad que ejercen y el carácter de que están investidos [...] los padres y los hijos, los obispos y los demás sacerdotes, los magistrados y los particulares, los ancianos y los jóvenes, las señoras y las señoritas, la mujer y el hombre, el jefe y el subalterno, y en general, todas las personas entre las cuales existan desigualdades legítimas y racionales...:*<sup>5</sup>

## Epílogo

En este breve esbozo se han abordado varios aspectos de una investigación más amplia. En particular se intenta mostrar una de las formas en que la familia inculcaba e inculca valores que son capitalizados por el grupo en el poder.

<sup>20</sup> *Idem.*

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 53.

Como ya se señaló antes, la utilización del manual de urbanidad cobra importancia como una fuente no formal de la educación impartida en la familia. Cabe señalar que en este espacio únicamente se ha analizado este discurso y se ha dejado de lado la comparación con otros discursos como el educativo formal y el religioso, por falta de espacio y porque considero que el discurso de las buenas maneras, aunque es conocido por todos, no ha sido abordado de manera sistemática.